

Año III. Barcelona 15 de Febrero de 1889 N.º 90

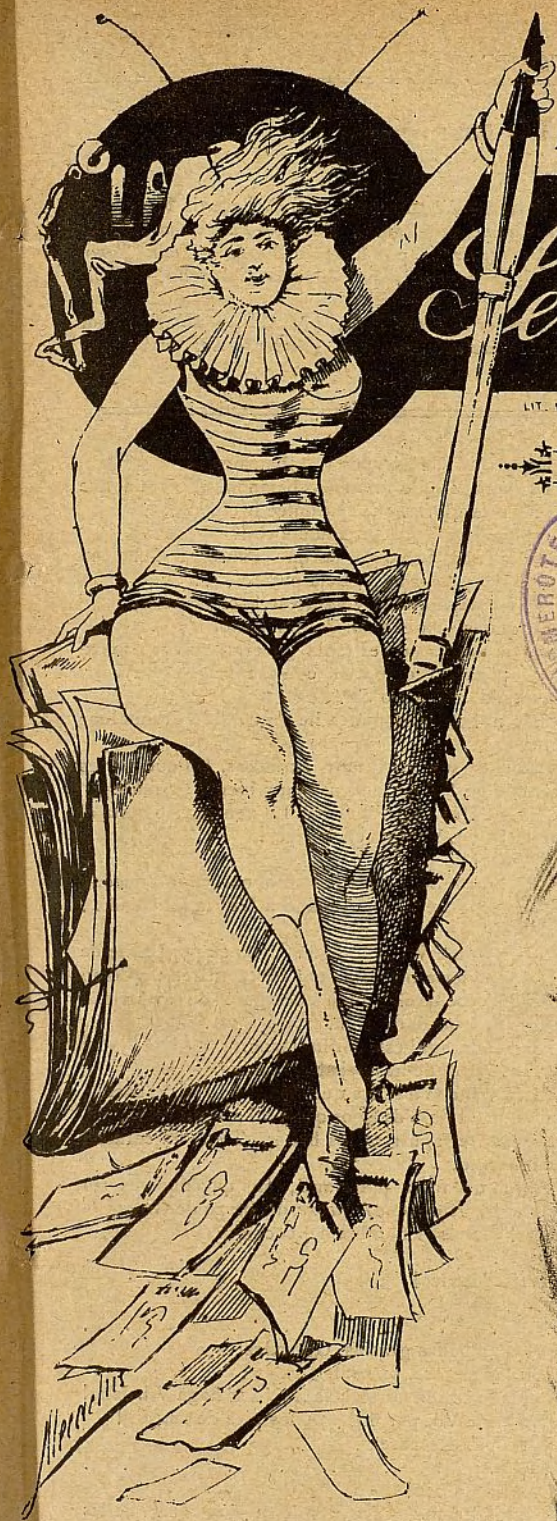
Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION. 17.

Redacción: Vertrallans, 3, 1.º



EMMA NEVADA



¡Prodigio sobrehumano
que realiza esta diva celebrada!
Cantar en lo más crudo del verano
y hacer decir á todos: ¡Qué Nevada!



Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TEXTO.—*La semana*.—*El baile de trajes*, por Juan de la Cruz Ferrer.—*El exorcismo*, por E. Segovia Rocaberti.—*El honor.... el decoro!*... por Eugenio Sancho Montaud.—*Oyeme*, por Ramón Bosch.—*Pandemonium*, por José de Diego.—*Teoría nueva*, por Emilio de Motta.—*Malos recuerdos*, por Eusebio Blasco.—*Juan Ramírez*, por Manuel Mera.—*Epigramas*, por Edmundo García.—*Es natural!*, por Tomás Camacho.—*¡Eso!*, por Ricardo Taboada Steger.—*Chirigotas*.—*Por Teléfono*.

GRABADOS.—*Emma Nevada*, por Escaler.—*Para ustedes*, por Escaler.—*En el baile*, por Cilla.—*El frío*, por Mecáchis.—*El castigo en el pecado*, (del alemán).—*Vida del hombre calavera*, por Escaler.—*Los bailes*, por Cilla.



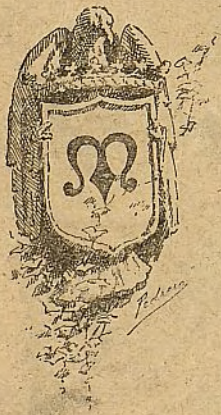
LA SEMANA

S. M. la Reina ha pasado revista á las tropas en Carabanchel.

Considerando, pues, que sería demasiado monótono para el público el tener dos revistas en una misma semana, hemos acordado, deferentes siempre con las autoridades y altos poderes del Estado, suprimir nosotros la nuestra por esta vez.

Parodiemos, pues, á Casiano, el célebre empresario de la Plaza de Toros de Madrid, y digamos con él, con igual *sans façon*, pero con algo más de ortografía:

SE ADVIERTE AL PÚBLICO
QUE HOY NO HAY REVISTA.



El Baile de Trajes

I

ERCEDITAS ¿quiere Vd. mi brazo?

—¡A tiempo viene Vd! Cuando apenas quedan cuatro escalones...

—¿Cuatro? Vaya Vd. contando: uno, dos, tres... doce.

—Bueno, es igual.

—Tiene Vd. razón. Debía habérselo ofrecido al salir; pero como en ese guardarrropa gastan tanta calma... Después de todo, he conseguido un momento, mejor dicho, doce escalones de felicidad, porque es una felicidad acompañar así á una muger encantadora.

—Déjese Vd. de piropos y... ¡bajemos!

—Es verdad que estamos bajando. Yo creía que subíamos á la gloria. ¡Es tan dulce ir con Vd!

—¡Y tan pesado ir con aduladores!

—Eso no reza conmigo, porque cuanto he dicho no ha sido adulación, sino justicia pura.

—Si dice papá que hoy ya no se hace justicia.

—El, que es magistrado, debe saberlo.

Pero si no hacerla es regla general, yo soy una excepción. ¡Cuando digo que con ese traje de *Noche*, oscurecía Vd. al mismo Sol!

—¡Eso no! Porque nunca he pretendido deslumbrar á Pepita.

—Las dos son Vds. muy hermosas. Lo que hay es que el traje de *Sol* no le sienta muy bien á su amiga.

—¡Claro! Dos soles juntos... La persona le quita el mérito al traje. Y... ¡muchas gracias!

—¿De qué?

—Del brazo. Suelte Vd. el mío, que ya no quedan más escalones. Se le ha acabado á Vd. la felicidad... ¡já, já!

—No lo tome Vd. á broma. Y no sé porque he de soltarlo, si todavía no está aquí el carruaje... ¿Cómo se llama el cochero? Yo me encargaré de avisarle... Pero vá Vd. á quedarse sola.

—No, señor; aquí está mi hermana.

Angelita. ¿Donde has dejado á mamá?

—Atrás viene. Ya sabes que siempre baja despacio.

—Y su papá de Vds. ¿por qué no ha venido?

—Porque le aburren los bailes. Tiene un carácter demasiado serio.

—¡Ah, si no fuera por mamá, nos quedábamos sin diversiones!... Ahí viene la pobre, del brazo de Gregorio.

¡Mamá! ¿Sabes el nombre del cochero?

—¡Perico, Perico!

¡Voooy!

—¡Vaya, muchas gracias, González!

—¡No las merece, señoral!

—Cuidado con la portezuela... ¡No se haga Vd. daño!

—¡No tema Vd. por mí!.. ¡A los pies de ustedes!

—¡Qué Vd. descansel!

—¡A casa, Perico!

—¡Naturalmente! ¿Pus donde se fijuraban que las iba á llevar á las cuatro de la madrugada?

II.

Quando Perico detiene la marcha del carruaje ante la casa n.º * de la calle de Aragón,

*ya riñen muda refriega
en el fondo húmedo y triste,
la sombra, que se resiste,
y la claridad, que llega.*

Puede decirse que asoma Pepita y que Merceditas repliega su manto.

Y lo repliega, en efecto, al llegar al piso segundo,

Ayuntamiento de Madrid

después de haber subido treinta escalones, sintiendo la nostalgia del brazo de González, que mejor servicio le prestara al subir que al bajar.

Angela, *aldeana francesa*, ya no se acuerda de su aldea y sólo piensa en conciliar el sueño lo antes posible.

La madre opina como Angelita y ambas burlan los deseos de Mercedes que pretendía *cambiar sus impresiones*, antes de acostarse.

—¡Mañana hablaremos!—dice doña Jacoba, dirigiéndose al lecho conyugal, donde se halla el *severo magistrado*, durmiendo como un lirón.

Tal como se le vé alguna vez en los juicios orales, Mercedes se resigna.

A los quince minutos, Morfeo es dueño de las ex-máscaras.

III.

—¡Jesús, María y José! Las doce.

—Si, señora.... ¡las doce! ¿Estas son horas de levantarse? A las siete ya estaba yo de pie; á las nueve en la Audiencia y á las doce de vuelta en casa.

—No lo hubieras hecho, si te hubieses acostado como nosotras, á las cinco. ¡Figúrate que á las cuatro terminó el baile! ¿Verdad, Angelita?

—Para mí no ha terminado hasta ahora, porque he estado soñando con él toda la noche.

—Toda la mañana, querrás decir.... ¿Y os divertisteis?

—¡Ay, muchísimo!

—Por supuesto, Guzmán preguntó enseguida por tí y me dijo que para ir á su casa no debías hacer ningún cumplido.

—¿Y su señora?

—¡Buena! Pero estaba hecha una facha.

—Y aún podía pasar, al lado de su cuñada. A esa parecía que la habían vestido sus enemigos.

—Niñas ¿y que me decís de la de Perez?

—¡Oh! Iba de *Aurora boreal*.

—¡Fenómeno meteorológico!

—¡Ella, que ya lo es, vestirse de *fenómeno*!

—Pues hubieras visto á Rosita Periquete, vestida de Luna....

—En parte, ya estaba bien, porque es una chica muy *lunática*.

—Y como está tan gorda, parecía *luna llena*.

—Pero ya os habeis encargado vosotras de ponerla como *nueva*.

—¡Hijo, no se puede hacer ni una ligera *observación*!

—En cambio González, el de *El Eco de los Salones* estaba *arrebataador*.

—¡Niña! hablando de hombres no se usan esos términos.

—¿Querrás decir que no estaba bien?

—¡Qué he de decir, hija mía! Precisamente aquel traje de *Molusco*....

—¡De *Nelusko*, mamá!

—Es lo mismo! Le venía admirablemente.

—Y no estaba la de Romeu?

—Si, papá.

—¿Tan cargante como siempre?

—Y la hija, disfrazada de *Carmen*? ¡Te hubieras muerto de risa!

—¡Con aquel acento catalán tan *promun-ciado*!

—Pues por eso mismo! Figúrate á *Carmen*, la cigarrera sevillana, diciéndole á un muchacho: *Usted dispense, pero no puedo bailar esa masurca*.

—La que no estaba mal era Paquita Bello.

—Si, del *Directorio*, que es un traje muy *socorrido*.

—Y su hermana de *Preciosa ridícula*.

—*Ridícula*, si estaba, pero lo que es *preciosa*....

—¿Y no os acordáis de la de Botellín?

—¡Aquella chica tan alborotada?

—Si: iba de *Mujer del diablo*.

—¡Vaya un capricho!

—Pero no parecía la *mujer*, sino el mismo diablo.

—¡La pobre Anita que iba de *Pescadora*!

—Y lo que es por ahora, no *pesc*a. Todas las de su edad ya se han casado, y ella continúa *incólume*.

—¡Angelita, no digas disparates!

—Quiero decir que sigue soltera.

—¡Y seguirá! Aquella chica se queda para vestir imágenes.

—Lo mismo le pasará á Camilita Pelagatos. ¡Qué feal Y se puso de *Mensajera de amor*.

—No servirá para otra cosa que para *mensajera*.

—¡Pero, mujer!...

—¡Hombre, no interrumpas!

—¿A quien había que ver era á la hija de Román, vestida de *Telegrafista*.

—¡Claro! Ella ya es maestra en eso de *telégrafos*. Cerca de seis años lleva, haciéndolos con su novio.

—Que, entre paréntesis, estaba horroroso, con aquel traje de *Bandido*.

—El bandido es su padre, que me debe treinta duros.

—Pues ¿y su hermana? De *Torera*. ¡Vaya una *gracia*!

—¡Digno *pendant* de la *Carmen*!

—El que me hizo *destornillar* fué Augusto Rebanada, vestido de *Chino*. ¡Le engañaron como á un *idem*!

—Yo lo confundí con Rosario Pamelón, que iba de *Japonesa*.

—¡Cuidado que estaba *incapaz*!

—¡*Intransitable*!

—Hasta ahora no habeis encontrado una persona ni un traje digno de vuestro aplauso. Y eso que decís de las demás, lo dirán de vosotras en otras partes.

—No pueden decir nada de estas, porque sus trajes eran intachables. O si no... ¡Vicental!

—¿Qué manda la señora?

—Vés á ver si está en la portería *El Eco de los Salones*.

IV.

...«La señorita Pérez estaba radiante de hermosura, luciendo precioso traje de *Aurora boreal*. La de Periquete, bellísima *Luna*, que quisiéramos ver en el firmamento de nuestras esperanzas, durante las tristes noches de nuestra vida»...

—¡Qué indiscreto es ese revistero!

—¡Y qué mentiroso! ¡Figurate tú la de Periquete!

—¡Sigue!

—«Hermosa y graciosísima *Carmen*, la señorita de Romeu.»

—¡*Hermosa*!!

—¡Y *graciosísima*! ¡Já, já!

—¡Qué embusteros son los periodistas!

—¡Y González, que me dijo que sólo hacían *justicial*!

—«La señorita Bello, que también es *bella*...»

—Esto lo *pone* para *hacer un juego de palabras*.

—«que también es *bella*, lo propio que su hermana. La escultural señorita de Pelagatos, preciosa *Mensajera de amor*...»

—Lo repito: los revisteros no dicen palabra de verdad.

—«Las señoritas de Gutierrez...»

—¡Ah! ¡A ver que dicen de nosotras!

—«Las señoritas de Gutierrez sobresalían por su proverbial hermosura y su buen gusto. Mercedes lucía riquísimo traje de *Noche*, á través del cual....»

—¿A través del cual? ¡Qué disparate!

—¿Qué sabes tú, impertinente?

—«A través del cual resplandecían sus galas. Angelita, de *aldeana francesa*, vestido que sentaba muy bien

PARA USTEDES



Y ahora.....¿me conoces?

Ayuntamiento de Madrid

EN EL BAILE



Pilla

--¡Seré tuya hasta la gúesa
si pagas una tostada!
--(¡Caramba, cómo se expresa!
¡Esta es alguna duquesa
disfrazada!)

á aquella esbelta figura y al hechicero rostro donde anidan, á la par, la belleza y la modestia....»

—¿Qué te parece Gutierrez?

—Lo que has dicho antes: que los periodistas son unos embusteros.

—¡Hombre, no siempre!

—¡Ya!

—Alguna vez se ponen en razón.

—¡Y tú, ni una! ¡Ellos... y Dios te perdonen!

JUAN DE LA CRUZ FERRER.

EL EXORCISMO

I

¡Qué triste se halla María,
el encanto de su valle,
allá en las estribaciones
de la Alpujarra salvaje!
Marchitos están sus labios,
amarillento el semblante,
los ojos, de la vigilia
con las cárdenas señales,
y de la tez ya perdido
aquel nacarado esmalte,
que es revelación preciosa
de secretos virginales,
de pudores no vencidos
y de santas castidades.
Horrendas cosas se dicen
de María de los Angeles,
entre los rudos vecinos
de su aldea miserable.
El cura ha tomado cartas
en un asunto tan grave,
y echando en él todo el peso
de su estado y su carácter,
falló, con lujo de citas
de no sé qué santos padres,
que todo es obra del diablo,
el enemigo implacable,
que en el cuerpo de la hermosa
por viejas y malas artes
se introdujo, sin sentirlo,
ni la pecadora carne.
Circuló el fallo tremendo
por los ámbitos del valle,
la gente huyó de María,
supersticiosa y cobarde
y ella, cada vez más triste
y más ajado el semblante,

iba marchando al sepulcro
sin el apoyo de nadie.

II

Vestido va el señor cura
con ropas sacerdotales,
siguiéndole del contorno
los rústicos habitantes.
Va á exorcisar á María,
la endemoniada del valle,
que desde el lecho de muerte
puebla de gritos el aire.
Un exorcismo no es cosa
de cada lunes ni martes,
y allá van viejos y niños,
allá van chicos y grandes.
De la choza de María
detienen en los umbrales,
rezando el cura entre dientes
lo que era propio del lance,
y en seguida, hisopo en mano,
entró resuelto delante
de una turba de curiosos,
mujeres la mayor parte.
¡Qué irreductible está el diablo,
y qué tenaz, Virgen Madrel!
Conjuros, imprecaciones,
todo en vano, todo en balde;
de lo que claro se infiere
que se halla á gusto el infame
en la prisión de aquel cuerpo
de formas esculturales.
Lo dicho, ni á tres tirones
le sacan de aquella cárcel,
por mucho que extreme el cura
los conjuros y ademanes.
Sudoroso el exorcista,

la multitud anhelante,
á algunos pasos del lecho,
ven á la enferma agitarse,
en convulsiones horribles
y con espasmos mortales.
¡Pobre María! Su crencha
del color del azabache,
velando su noble rostro,
en recias ondas se esparce
y se le escapa la vida,
pero el demonio no sale,

III

—Turba de imbéciles ¡fuera!—
grita un joven arrogante,
que de todos se distingue
por su porte y por su traje.
Entre el general asombro,
rápido pulsa á la mártir,
que moribunda le mira
con expresión inefable
y con acento apagado
le dice muriendo:—¡Es tarde!
Por última vez se agita,
lanza un grito penetrante
y murmurando perdones,
queda la infeliz exánime,
dando, á costa de la suya,
vida á otro sér. ¡Era madre!
Tomando el médico al niño,
le mostró á los circunstantes,
y dirigiéndose al clérigo,
en actitud más que grave:
—¿Buscáis al diablo?—le dijo—
Pues mirad bien: ¡Es un angel!

E. SEGOVIA ROCABERTI.

EL HONOR... EL DECORO....!

Don Benito, un antiguo calavera
que ultrajó á la virtud siendo soltero,
y que de ella se burla hoy que es casado,
grita y se desespera
porque su hijo del alma, Baldomero,
que en el mundo del arte ha conquistado,
con constancia y trabajo,
un lugar, que es muy alto desde abajo,
mas mirado de arriba es muy pequeño....
digo, que frunce el ceño
porque enfermo le vé de unos amores
que el sosiego le roban y la calma.

¡Dulce pasión que brota de su alma,
cual el sutil aroma, de las flores!

—No será... y no será. ¡Tú ignoras que ella
tiene por madre una mujer... perdida,
y que en tu noble frente

brilla como una estrella
una honra que jamás fué oscurecida?
Ese amor imprudente
mira, pues, de calmar. ¿Qué se diría?...
Ella tan... y tú tan... ¡Oh, no; no quiero!
El honor... el decoro... Baldomero:
si eso llegara á ser, me moriría.

Y eso no llegó á ser, porque María,
después de llorar mucho, voló al cielo
el día... ¡No me acuerdo ya qué día!

Yo vi su blanco cuerpo allí, en el suelo;
y allí supe, que aquel amor bendito
acabó de tal modo...

porque un día su madre cayó al lodo
y quien dió el empujon... fué don Benito.

EUGENIO SANCHO MONTAUD.

ÓYEME

Sabes que te tengo impresa
en mi corazón, querida;
sabes bien que eres mi vida,
que eres toda mi ilusión,
que perdiera la existencia
antes que dejar de verte,
pues sólo puede la muerte
borrarte del corazón.

Siempre tu menor capricho
por mí ha sido satisfecho;
jamás ha herido tu pecho,
por mí, el dardo del dolor;
en tus penas y quebrantos
he venido yo en tu ayuda,
y poner no cabe en duda
la pureza de mi amor.

Ahora quieres con empeño
que llega á partirme el alma,
con coquetería y calma
casarme... ¡no puede ser!
Yo te quiero, te idolatro,
tendrás en mí un fiel amigo,
mas... si me caso contigo
¿qué vá á decir mi mujer?

RAMON BOSCH.

PANDEMONIUM

«*Le nom ne fait rien á la chose*» es un axioma literario en España.

«El hábito no hace el monje» decimos en castellano; mas, aplicada á nuestros autores, se me antoja mucho más exacta la idea, puesta en boca de nuestros vecinos. Así, el hábito hace á *Fray Candil*, que, á pesar de llamarse Emilio, como el sublime autor de «Pedro Abelardo», no deja de ser un Bobadilla como otro cualquiera.

Con mil ejemplos pudiera corroborar el adagio citado. Conoci á un tal León Amer y Cano, que nada tenía de león y menos de americano. El pobre señor, que era manso como una paloma, había sido gallego toda su vida. Castas y Puras hay por esos mundos que se quemán solas, cuando no tienen con quien quemarse.

Clarín tiene *Alas* y muchas veces no vuela... Se arrastra.

Sinesio Delgado se distingue por la *robustez* de su ingenio.

Y, yendo un poquito mas lejos, se desborda por mi tierra un crítico que firma *Flumen*... y nada: no hay tal río, ni tal pozo de ciencia. A lo sumo podría llamarse *Arroyo*.

A mayor abundamiento, ahí está Cortón, que, con todo y llamarse Antonio, escribe primorosamente.

Antonio es uno de esos nombres que han venido á formar jurisprudencia literaria, por haberlos condenado la crítica repetidas veces y por un mismo delito á *trabajos forzados*.

Buenas pruebas son de ello Cánovas, Arnao, Grilo y De San Martín; nombre este que he colocado el último, para confirmar aquel otro adagio que, con leves variantes, dice: «A cada mal poeta le llega su... San Martín.»

Dicho todo con perdón de Antonio García Gutierrez, Antonio de Trueba y Antonio Cortón, autor este último de la obra que inspira estas líneas, con su título encabezadas.

* *

Es Antonio Cortón un escritor originalísimo, no tan conocido como debiera, por haber tenido el buen gusto y la modestia de no formar en la pandilla, que no reconoce otros méritos que los suyos, acaudillada por Leopoldo Alas.

Yo no diré que *Clarín* no sea un crítico de mucha talla, pero sí que sus imitadores no le llegan al tobillo. Por eso todo lo que es facilidad y donosura en los «Paliques» de *Clarín* es artificioso y rebuscado en los «Baturrillos» de *Fray Candil*.

Esto nada tiene que ver con Cortón, que va por mejores senderos, y lo digo solo para hacer notar la diferencia que existe entre los que tienen luz propia en la cabeza, y los que van á encender su *candileja* en la del vecino.

«*Pandemonium*» revela mejor que nada el temperamento artístico de su autor, que, haciendo gala de un eclecticismo delicioso, combina en su último libro todos los tonos, desde el azul claro del ensueño y el rosa pálido de la añoranza, al verde subido del epigrama y el rojo sanguinolento del ataque.

Bautizado con el nombre de *Pandemonium*, ninguno mejor le cuadra, por ser la obra un adorable *pout-pouri* de artículos biográficos, críticos y de polémica literaria, por entre cuyas líneas se ven saltar los diablillos del ingenio, riéndose á carcajadas de todo bicho viviente.

Y tienen estos artículos una espontaneidad, una frescura y un saborcillo á castellano viejo tan agradables, que cuando se les lee con amor, como yo los he leído, y se les busca el fondo azul de tristeza que llevan oculto entre las donosuras del estilo, parece como que se vé surgir, por entre los palitos negros de las letras, la miniatura del autor con el boceto de una sonrisa eterna en los labios y la ráfaga de un sueño infinito en el alma.

Porque se equivocaría quien juzgase á Cortón uno de tantos escritores festivos, perfectamente inútiles, que se mueren por un equivoco y á todas las suegras llaman tigres y cornudos á todos los maridos. Po irá el infatigable secretario de la Asociación de Escritores y Artistas, en el ardor de la polémica, fustigar sin compasión al adversario de mala fé, mas no es su pluma, como algunos piensan, el puñal que esgrimen los envidiosos de la gloria ajena, sino el buril del artista que traduce sus propias glorias.

Hay en los artículos de Cortón, como en los de Mariano de Cavia, como en los de Fernández Bremón, algo refinado y culto á que ciertamente no nos tienen acostumbrados otros escritores menos escrupulosos, pero que gozan mucho más del favor del público.

De intento he nombrado á Fernandez Bremon y á De Cavia, porque hay entre ellos y Cortón cierto parecido artístico, cierto aire de familia que, dejando á cada uno su fisonomía propia, revela bien á las claras que descienden los tres en línea recta del cultísimo ingenio de Larra.

Para los que no sepan leer entre líneas, Cortón será un escritor genial y festivo, que otra cosa no se propone que reírse de todo lo humano y de todo lo divino; mas para los que saben leer *por dentro*, si vale decirlo así, y penetren en lo íntimo de sus artículos, Cortón es un romántico del tiempo de Espronceda, arreglado á nuestra escena por el diablo, que es el único liberal y ateo que hay de tejas arriba.

Detrás de aquel castellano irreprochable, adobado por

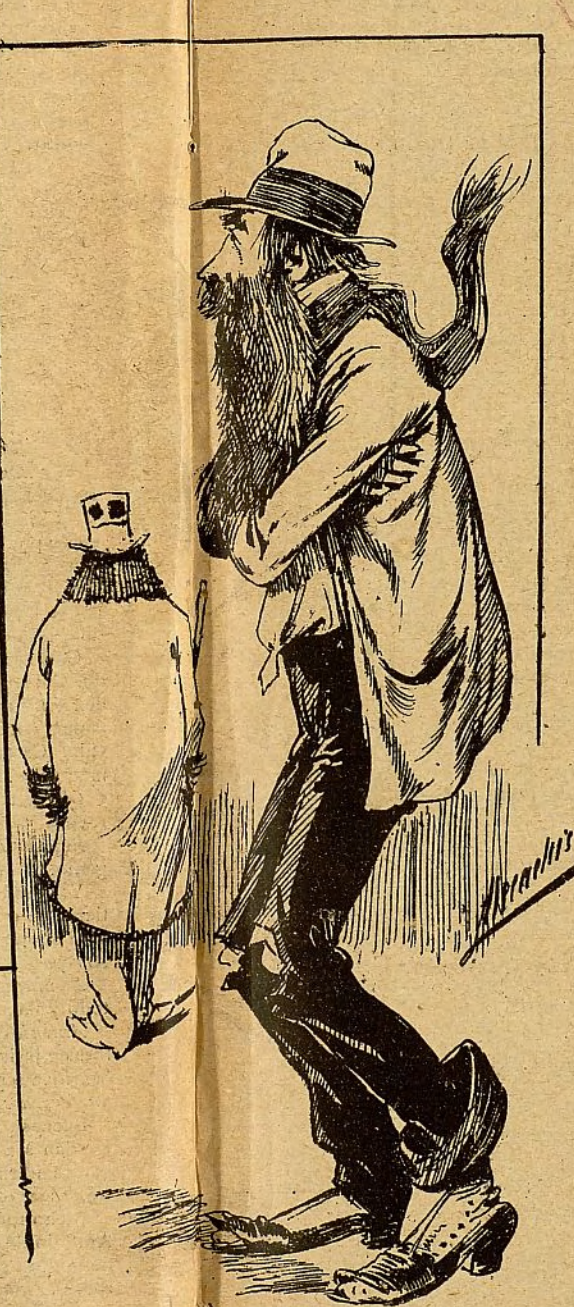
EL FRÍO



—Mía tú que es particular, hijo, que el frío venga siempre en el invierno, que es cuando más molesta, y nunca en el verano, que es cuando vendría bien para aguantar aquellos calores...



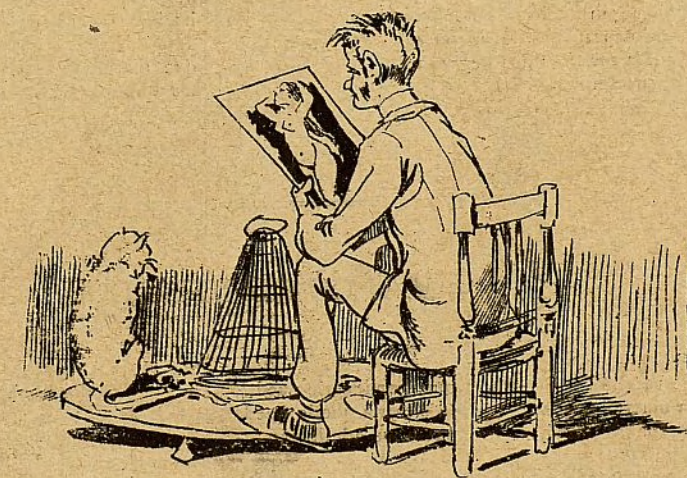
—¿El Sr. Skakikoff?
—Servidor de Vd.
—Pues yo venía á verle, porque me han dicho que Vd. es ruso; y como yo tengo empeñado el mío, por aquello de que «un clavo saca otro clavo», he pensado: Pues á ver si un ruso saca otro ruso.



... y además, el uso de las capas es un vicio, porque está demostrado científicamente que el frío no existe.



—¿Qué tienes?—Nada, criatura.
—Te encuentro fría...—Si tal: pero eso es lo natural: ¡con esta temperatura!



...y así es como en el mundo puede probarse que hay diversas maneras de calentarse.

el ingenio y nutrido por el estudio, se descubre un fondo encantador de salvaje romanticismo; y así los artículos de Cortón que, *por fuera*, dicen que no aman, ni sueñan ni esperan, esperan, *por dentro*, como un tísico, y aman como un recién casado y sueñan como una muchacha.

Lo único que no tiene Cortón, ni por dentro ni por fuera, es fé religiosa, y así es santo de mi devoción en esto de no tener santos ni devociones.

Así y todo, dióle una vez por refrenar mis ímpetus *clerófagos*, porque lo que él me decía:

—Deje V. en paz á los curas que, á lo sumo, nos disputarán á alguna moza de pueblo, desgrefiada y súcia...

Pero lo que yo le contestaba:

—Esas, esas son las buenas... Se las dá un baño, se las peina... y tan duras y tan macizas... y así.

* *

Se me olvidaba, y no quiero firmar sin decirlo con mucho orgullo y para gloria de mi tierra.

Cortón es puertorriqueño.

JOSÉ DE DIEGO.

TEORIA NUEVA

(Extravagancia inverosímil)

Se amaban una estrella y un lucero
con cariño rayano en la locura.

No sé cual fué el primero

que al otro declaró pasión tan pura,
pero si que al surgir las infinitas
débiles, titilantes lucecitas
que en los espacios moran,
se vieron estas dos y se adoraron
lo mismo que los hombres cuando adoran.

Así fueron pasándose los años:
hablando de su amor todos los días,
sin cantar verdaderas alegrías
ni llorar verdaderos desencantos.

Entre uno y otro amante
puso Dios la distancia consiguiente.
¡Oh triste situación! á cada instante
suspiraban los dos amargamente,
pues, aunque con sus ténues resplandores
lograban expresar sus pensamientos,
contándose sus penas y dolores
y haciéndose infinitos juramentos,
¿cómo satisfacer las ansias locas
de sellar de algun modo su amor puro
cambiando los perfumes de sus bocas?
¡Oh, no podía ser! Los dos llegaron
á expresar sus amores

por medio de las señas que inventaron,
pero nunca lograron
salir de ese lenguaje de fulgores.

Sin embargo, la ley del movimiento
quiso que se acercaran cierto día,
y allí en el anchuroso firmamento
resonaron dos gritos de alegría.

Sus *almas* se tocaron, impulsadas
por el ardor del deseado beso,
y en éxtasis divino así enlazadas
mil frases murmurando entrecortadas,
llegaron... ¡pues!... á eso...

La luna, que veía tal escena
y que siempre fué casta, pura y buena,
se tiñó de un color como de rosa,
y, no queriendo ver á los amantes
en aquellos instantes,
se eclipsó avergonzada y ruburosa.

A los seis ú ocho meses
unos sábios astrónomos ingleses
haciendo observaciones cierto día,
descubrieron, merced á su desvelo...
que una nueva estrellita regorría
los ámbitos del cielo!

EMILIO DE MOTTA.

MALOS RECUERDOS

Soldado que batalló
sin miedo á la muerte airada
que en cien campañas buscó,
herido el cuerpo sacó
por sacar el alma honrada.

Volvió al calor de su aldea,
en torno á la chimenea
contando hazañas cumplidas,
parece que se recrea
en enseñar sus heridas.

Todas curadas están;
ningun tormento le dan

que mortificarle pueda;
la cicatriz que le queda
sus hijos admirarán.

Mas no es raro que, al cambiar
el aire en el mes de Enero
sienta el viejo militar
dolores que á recordar
vengan el dolor primero.

Que estas heridas curadas,
no retoñan, pero duelen
con las lluvias condenadas,
y las hay tales que suelen

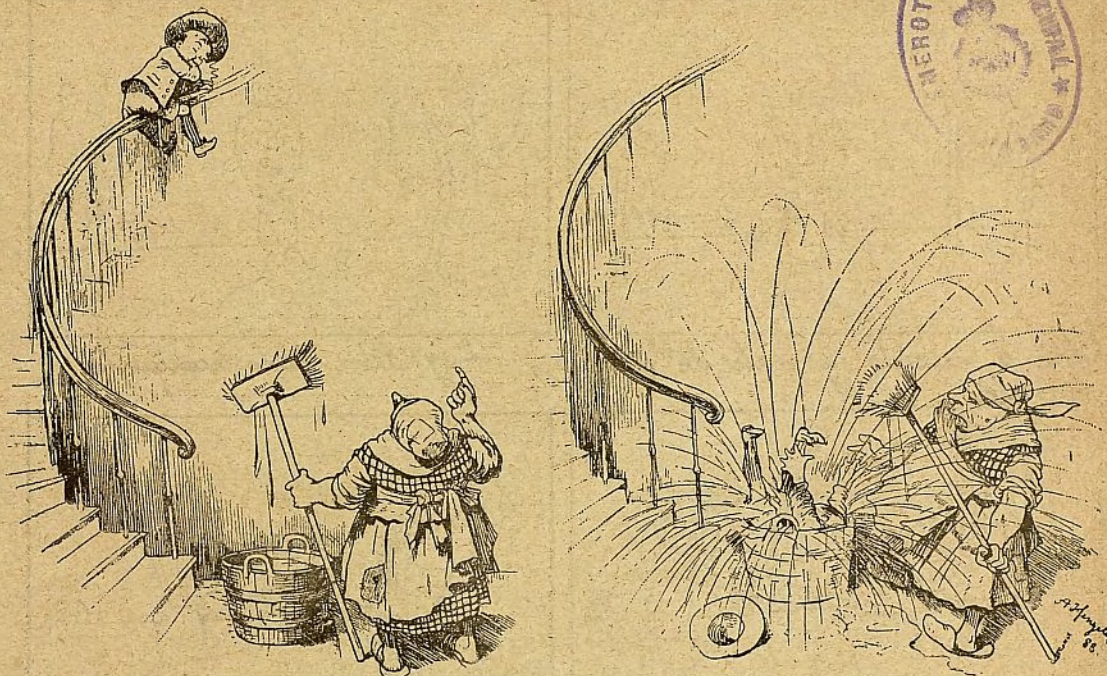
dar noches muy desveladas.

Así, aunque yo no haga caso,
son las del alma, y acaso
mis olvidadas heridas
las miro recrudescidas
cuando me sales al paso.

Campañas de tu desdén
con arrojo sin igual
hice cien veces y cien:
¡yo ya me he curado bien!
¡no me recuerdes mi mal!

EUSEBIO BLASCO.

EL CASTIGO EN EL PECADO



JUAN RAMIREZ

Juan. Ramirez, cuando vayas
á casa de la Pacheca,
procura, por tus difuntos,
que en el barrio no te vean.

Mira que ya se murmura
que si sales, que si entras,
que si pitos, que si flautas,
que si dacas, que si dejas;

y esto, como tu comprendes,
es una cosa muy fea
en un hombre que se jacta
de religiosas creencias.

Además, eres casado,
tienes hijas aún doncellas,
y está mal que escandalices
con tu conducta funesta

y hagas del hogar palenque
de conyugales contiendas,
dando un ejemplo á las niñas,
que en pormenores se enteran.

Yo comprendo que á un mancebo
que siente arder en sus venas
la sangre de veinte abriles,
se le vaya la cabeza

y haga á granel las locuras
y á millones las tonteras,
por una mujer tan guapa
cual dicen es la Pacheca,
que tiene fuego en los ojos
y sal molida en la lengua.

Comprendo también que un hombre
libertino por escuela,
galas haga de conquistas
tan ruidosas como esa.

Mas tú, que la vida pasas
en conventos y en iglesias,
de visperas á maitines,
del rosario á la novena;

tú, que enrojeces si escuchas
algun voto de taberna,
y disputas, sosteniendo
de Leon XIII la pobreza;

tú, que no vés al teatro
por no ver las indecencias
que en estos lugares, centros
de corrupción, representan,
¿has de darla de Tenorio
con impudex manifiesta,

entrando á la luz del día
en casas de vil ralea?

Ya cuentas en esta vida
inviernos por primaveras,
¿y has de llevar la batuta
en escandalosas juergas,

con mujeres que te limpian
el bolsillo y la vergüenza?
Tú te pierdes, Juan Ramirez,
y para que no te pierdas
te voy á dar los consejos
que me dicta mi experiencia.

Sigue el camino trillado
que te trazó tu soberbia.
Ilusiona, si, á ese mundo
que se paga de apariencias.

Muchos golpes en el pecho
y los vicios bajo cuerda,
y á la vejez no abandones
los hábitos de prudencia,
que temo que te conozcan
si te aflojas la careta.

MANUEL MERA

EPIGRAMAS

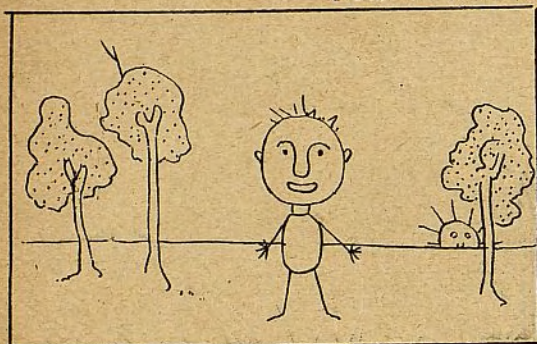
Con Luz casó un andaluz
y ayer mismo me decía
que antes á oscuras dormía,
pero ahora duerme con luz.

—Tiene el en alma el candor
de los ángeles del cielo;
Margarita es un modelo...
—¿De virtudes?—¿De pintor!

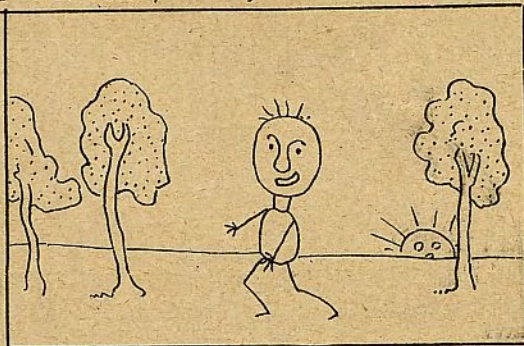
EDUARDO GARCÍA.

Vida del hombre calavera

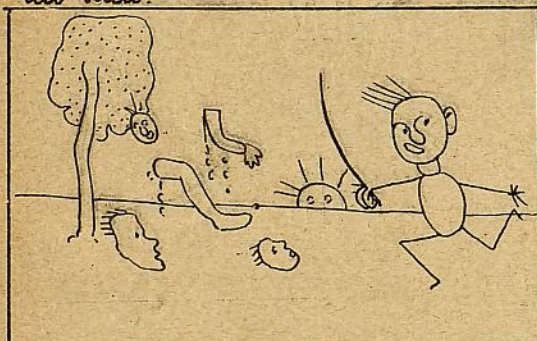
(Del album de mi chiquitín).



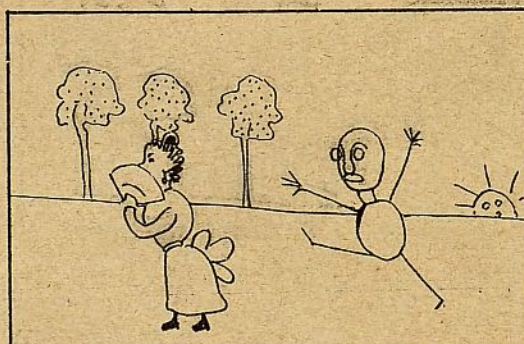
1. Ella a nacido y sale de debajo del suelo:



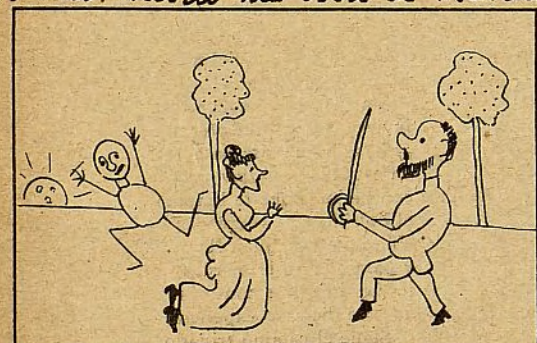
2 y se va todo tranquilo



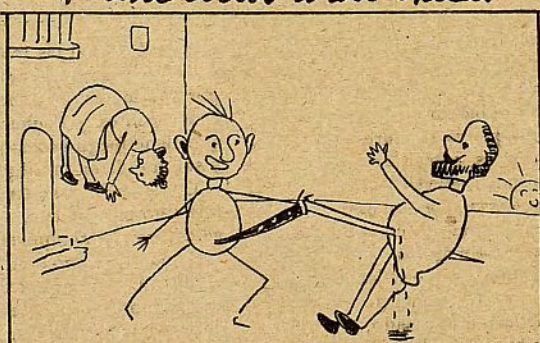
3. Ella muerta ha todo el mundo



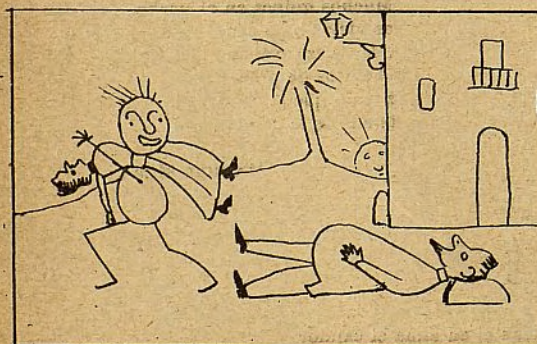
4 dice cosas a las chicas



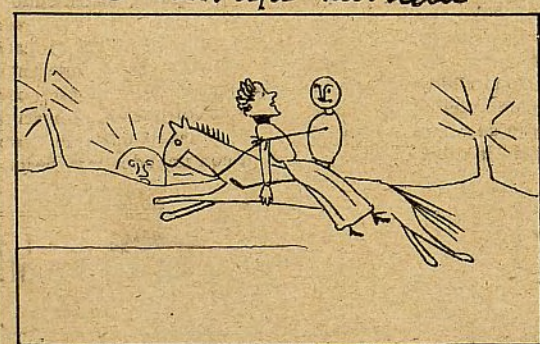
5 Hun les poro le ciere pegar



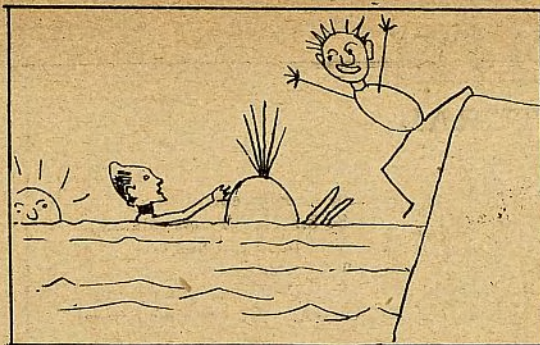
6 ce tira al marido con una navaja havieta



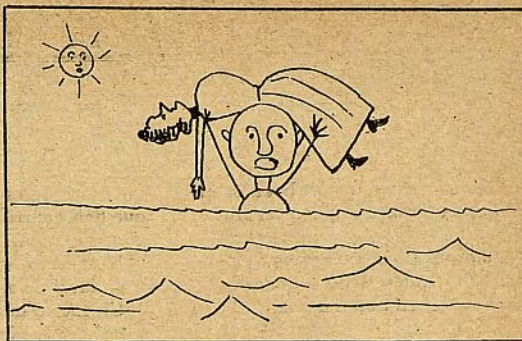
7 Ullen todos dos



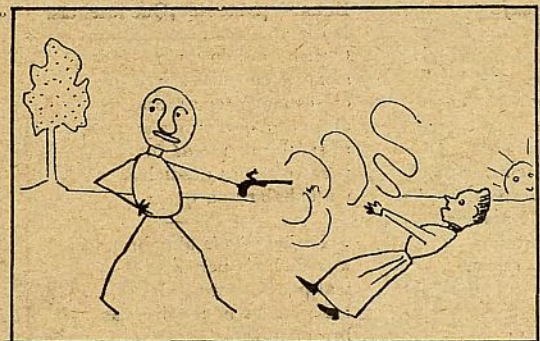
8 ella ce á desmorinado hensimos del caballo



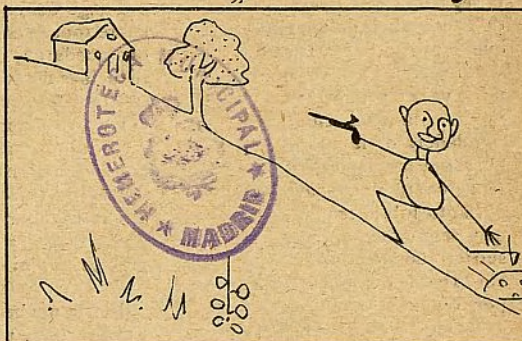
9. Ce hechan dentro del mar



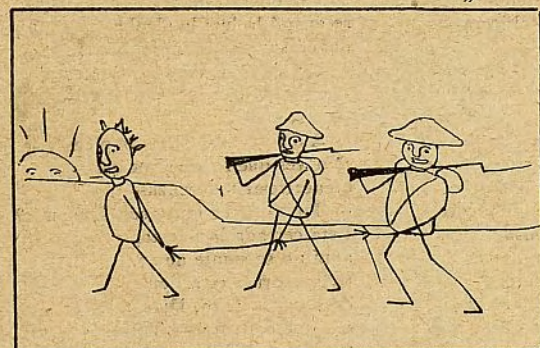
10. Ce la carga a la cabeza



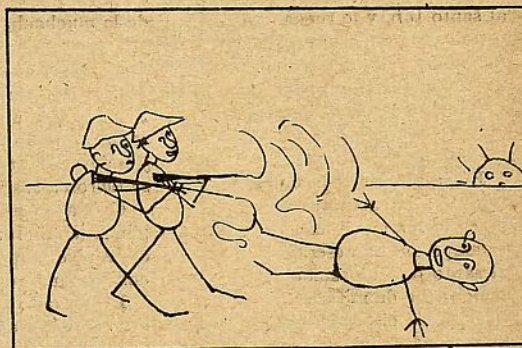
11. Lla no la quiere mas i la mata con una pistola cargada



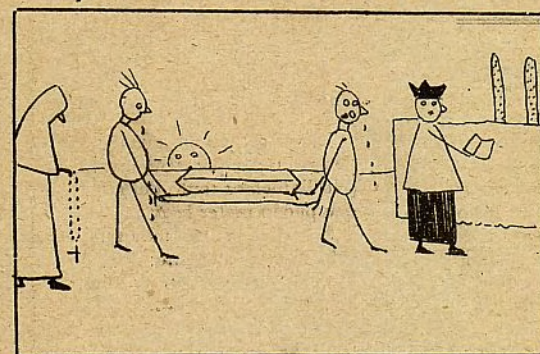
12. Uye con la pistola



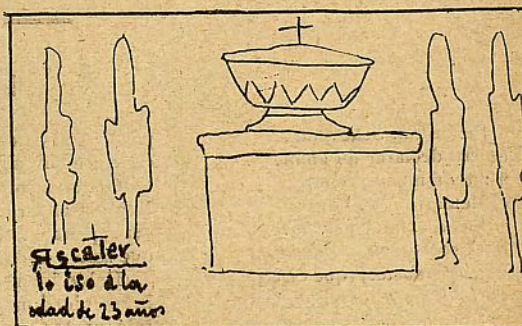
13. la justicia que ci se le prende con una cuerda



14. le afucilan y ce muere



15. i luego van i lo entierran



16. y aqui descansa el calabero ¡perdonable lo malo que hera!

¡ES NATURAL!

Todo aquel que es buen católico tiene un santo á quien venera y á quien acude en los trances amargos de la existencia.

Hay quien tiene confianza absoluta en Santa Tecla; hay quien dice que San Pedro es mejor; hay quien le reza á San Lucas y quien tiene la seguridad completa de conseguir todo aquello que le pida á Santa Elena.

Mi vecina Carmen, que tiene veinte primaveras, y que es la muchacha más, bondadosa de la tierra, consagra las simpatías de su cristiana conciencia al Santo Job, á ese Santo que, según dice la Iglesia, sufrió todos los dolores sin exhalar una queja, por lo cual se acreditó de «modelo de paciencia»;

y como quiera que Carmen es una chica muy buena, muy sumisa, muy paciente... y también muy retrechera, no se cansa de admirar al santo Job, y le ruega á todas horas del día que inspire su inteligencia, que fortifique su espíritu y que dé á su pecho fuerzas para resistir con brío los dolores y las penas.

En la alcoba de la chica, y junto á la cabecera de su lecho, se ve una estampa que representa al santo Job, en estado lamentable de miseria.

Desnudo el pobre señor, entre estércol se revuelca y repugnantes gusanos por su cuerpo se pasean.

Un mensajero le explica

las desventuras inmensas que han ocurrido á los seres de su familia... ¡Friolera! ¡Ahí es nada lo del ojo y lo llevaba en la diestra!

Un fuerte huracán había derribado la vivienda, donde se hallaban sus hijos y su mujer y su suegra.

Fuego del cielo cayó sobre todas sus ovejas, que quedaron, como es justo, reducidas á pavesas.

El santo escucha estas cosas con glacial indiferencia, y rascándose las llagas con una negruzca teja, dá las gracias expresivas al Dios que tanto le aprecia, y se tumba á la bartola y no exhala ni una queja.

Por la noche y por el día, Carmen tiene una luz puesta ante la estampa de Job; Carmen la luz alimenta con tal cuidado, que nunca han reinado las tinieblas en la limpia habitación de la muchacha hechicera.

Anteayer se casó Carmen... Hubo en la casa gran fiesta... A la una de la noche se dió término á la gresca y todos los convidados se fueron á sus viviendas.

Quedaron solos los novios ¡oh, felicidad inmensa! en la alcoba, perfumada con perfumes de pureza.

Lo primero que hizo él fué besar la frente tersa de su idolatrada esposa; lo primero que hizo ella fué echar aceite á la lámpara que ardía en la cabecera

de la cama conyugal...

Se hizo la luz más intensa...

Y al poco rato los dos hablaban de esta manera:

EL.—Vida mía ¿me quieres?

ELLA.—¡Con el alma entera!...

pero... ¡Dios mío!... esa luz...

¡ay!... me dá mucha vergüenza...

EL.—Verás como la apago...

ELLA.—¡Detente! ¿Qué intentas?

No la apagues nunca ¡nunca!

Oye: he jurado tenerla

siempre encendida, porque

esa estampa representa

al santo á quien más admiro,

al santo que me dá fuerzas

para sufrir las desdichas

sin exhalar una queja...

— La luz seguía alumbrando

á la dichosa pareja

y al pacientísimo Job...

De aquellas bocas risueñas

brotaban dulces suspiros

y apasionadas promesas

y suaves armonías

de inimitable cadencia.

De repente, sin que el soplo

mas ligero se sintiera,

se apagó la luz; la alcoba

quedó sumida en tinieblas...

—¡Ay, Virgen santa, qué es esto!

—exclamó Carmen con pena—

¿has soplado tú la luz?

—¿Yo soplarla? ¡qué simpleza!

¿No ves que solo me ocupo

en acariciar tus trenzas?

—¿Pues qué es entonces, Dios mío?

Está cerrada la puerta;

aquí no se siente aire...

la lamparilla está llena

de aceite... pero, Dios mío,

¿en qué consiste?—¡Tontuela!

¡¡será sin duda que al santo

se le acabó la paciencia!!

TOMÁS CAMACHO.

¡ESO!

Señorita... Señorita... quiero declarar mi amor, y me dá mucho rubor el llamarla á V. bonita.

Sus ojos me vuelven lelo, pues son de cielo... son de... de... (Canastos, ¿qué diré?) De... de... lo dicho; de cielo.

Si es que mi tipo le agrada, mi situación considere y dígame que me quiere, con una dulce mirada.

Estoy de amores muriendo, y usted será... y yo será... y usted... y yo... y... yo... y... usted... Vamos... ¿Va V. comprendiendo?

Esa hechicera manita ponga sobre el corazón,

para ver si de emoción estremecido palpita.

¡Oh, sí; siento el *ti qui-tá!*...

Lograré al fin lo que ansío.

¡Si supiera V. el mío

qué saltos tan grandes dá!

(Hablo bien, claro que sí,

la serenidad me vale;

sale, parece que sale;

sigamos como hasta aquí.)

¿No se digna V. escuchar?

¡Por favor contesteme,

pues así me dará *pié*,

para poderme expresar!

He dicho una tontería:

que me dé *pié* solicito

y el *pié* de V. es tan bonito

que á nadie se lo daría.

El ver ese *pié* me mata.

¡Vaya un *pié* que tiene usted!

(No hablemos tanto del *pié*, que puedo meter la *pata*.)

Su talle el sueño me quita;

sólo su amor necesito;

lo demás me importa un pito,

Señorita... Señorita...

Compadézcase de mi,

¡no me desprecie, por Dios!

seamos uno los dos,

la amaré siempre... y... y... y...

Estoy loco, lo confieso.

Con V. me casaré

y casados yo... y usted...

y usted y... yo... vamos... ¡eso!

RICARDO TABOADA STEGER.

CHIRIGOTAS

Único encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Madrid: D. Julián Rodríguez, Corredora Baja de S. Pablo, café de la Concepción.

Dícese que el Gobierno carga con el déficit de la Exposición Universal.

O lo que es lo mismo: carga con el muerto.

¡Y luego los catalanes nos quejamos del Gobierno de Madrid!—¡Si no hay por donde cogernos!

Seria una ingratitud no reconocer el gran servicio que con este acto generoso, se presta a Barcelona.

Y sobre todo a los fabricantes de toallas.

Que no van a vender pocas.

Porque ¡apenas se necesitarán toallas para enjugar el déficit!

—¡Vamos, señora! ¿Me cuenta o no me cuenta V. eso?

—Temo que no guardes el secreto.

—Pierda V. cuidado, porque yo soy reservado... para señoras.

Entre dos cesantes:

—Fíjese V. en esas dos reales mozas.

—Déjame V. en paz! Lo que nosotros necesitamos no son reales mozas sino reales vellón.

Sr. D. Sinesio Delgado
Madrid.

Mi querido amigo: Tengo el gusto de felicitar a V. por el éxito extraordinario de su obra, *La obra*.

Dicen por aquí que tiene, además de otras valiosísimas cualidades, la de no haber en ella pantorrillas, ni lucecitas de bengalas, ni tanguitos, a los que, como es de rúbrica, acompañen los correspondientes movimientos lujuriosos.

Afirman que ha hecho V. una obra originalísima, culta y chispeante.

Lo que hay que desear, en bien del arte, es que todos los autores que estrenen, imiten a V. en eso de dar al público obras de verdadero mérito literario.

Un abrazo... y hasta otra. Suya afectísimamente,

LA SEMANA COMICA.

✱

En el kiosco de Tasso:

—Hombre ¿sabe V. que voy a editar una novela?

—¿Si? ¡Caramba!

—Si señor; se titulará *La Criada de Santa Ana* y, será ilustrada y está muy bien escrita. Si V. me quiere dar un bombito cuando la publique...

—Si, hombre, y antes tambien. Ya sé yo que es V. persona de gusto...

Y hé aquí que ya está dado el bombo.

¡Salud... y ediciones, amigo Tassol!

✱

Probablemente nuestro Director tendrá que ausentarse en breve de esta capital.

En ese caso se encargará de la Dirección de LA SEMANA COMICA, Juan de la Cruz Ferrer.

Que dicho sea de paso, ofendiendo su modestia, es un barbián.

¡Ya les avisaremos a Vds. para que duerman tranquilos!.

POR TELÉFONO

F. Z. y G.—Barcelona.—El domingo de 10 a 12 en la Redacción.

F. O.—Barcelona.—Nada, que le ha cojido a Vd. manía a las haches. Esta semana son *aciendo* y *aciamos* los que pagan el pato. Pero conste que en catalán escribe Vd. bien, y si no fuera por esos consonantes agudos...

Cura prehistórico.—Vamos a ver ¿y por qué Vuestra Paternidad, que vale tanto, no escribe cualquier cosilla de actualidad?

Ego Sum.—¡Si me autoriza Vd. a corregir la charada!... Lo demás sirve y saldrá si Vd. manda la firma.

F. de A. J. M.—¿Quiere Vd. repetirme el envío de la del *Viaje de boda*? Porque esa sirve y como se me ha traspapelado una cuartilla...

Un gracioso.—Santander.—Hombre, lo verdaderamente gracioso es que se esté Vd. gastando 10 céntimos semanales para decirme eso.

E. G.—Sevilla.—En efecto, se enmienda Vd.; pero ahora resulta que la única de las dos que tiene *fondo festivo*, es inmoral.

J. M.—Valladolid.—Un soneto.

Un ex-catalán.—Madrid.—Mándela firmada.

A. R. V.—Barcelona.—Si, señor; saldrán las charadas.

Bachiller.—Alicante.—Me gusta, si; pero ¿no le parece a Vd. que la «Parábola» no resulta?

G. L.—Mataró.—Es que, según advertimos oportunamente, hemos acordado dar por no recibida cualquier suscripción cuyo importe no nos sea adelantado. Es una medida general, que por serlo no puede ofender a nadie.

P. P. y W.—Madrid.—Sirve el soneto. Mando el número. Tiene el cinco. Usted vale.

La falta de espacio me impide especificar por qué causa no pueden ser publicados los dibujos o composiciones con cuya remisión nos han honrado los señores siguientes: F. V. M.: *Un tranquil* y R. C. (Barcelona)—A. A.; *Terescu*; M. B. y *Amancio* (Madrid).—*Un escribidor* (Alicante).—*Uno más*; L. C. y *Soto* (Barcelona).—E. R. B. y J. de la T. (Madrid).—*Don Cogote* (Sevilla).—S. de L.; J. R. C. y R. B. (Barcelona).—J. F. (Madrid).—N. P. A. (Gracia) y *Gargantúa* (Santander).

Quedan muchísimas cartas por contestar.

¡Paciencia!

SOLUCIONES

a los Pasatiempos del n.º anterior

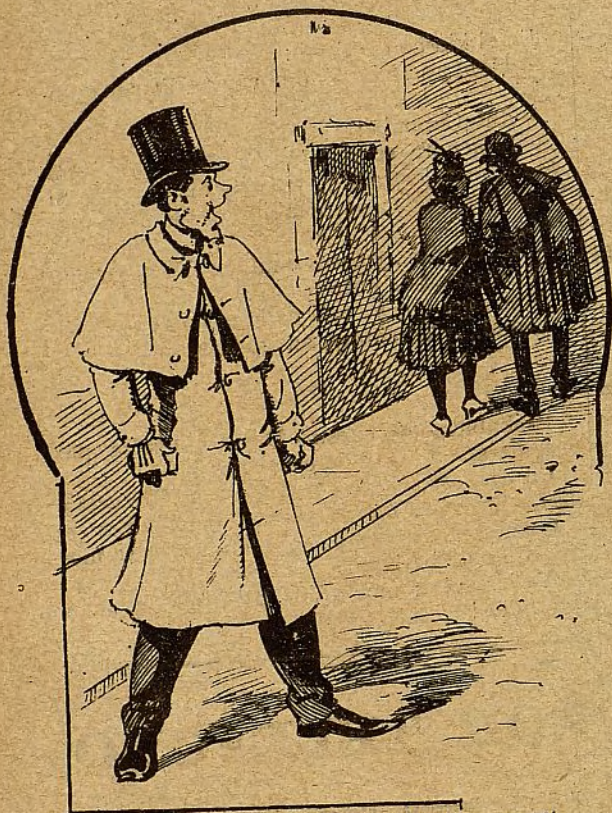
A la charada: *Ca-be-za*.

Al geroglífico: *El hombre propone y Dios dispone*.

Imp. Militar, Arco del Teatro, 9 Pasaje.

Ayuntamiento de Madrid

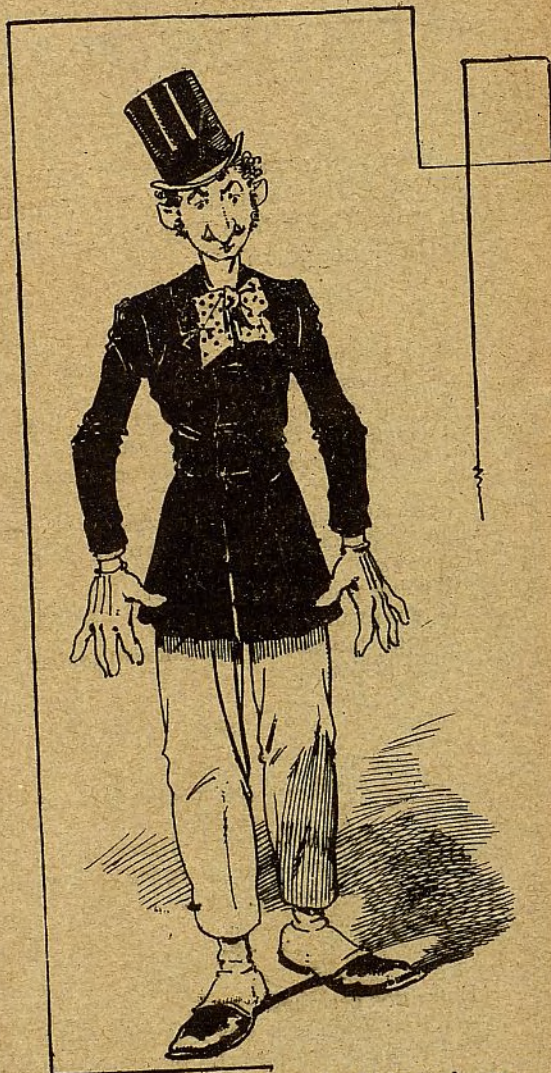
LOS BAILES



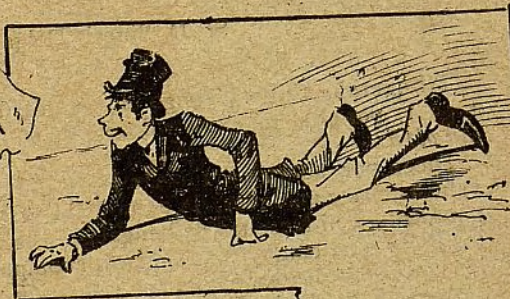
¡Manuel con tapaditas! ¡Hombre cruel!
 ¡Y su esposa infeliz que estará sola!
 ¡Voy á ver á la esposa de Manuel!



Va al baile con su abuelita...
 ¿sabe Vd?... á distraerse;
 pero es la misma inocencia
 (la misma Inocencia... Perez.)



Con el calor tan grande de los salones,
 me pican que me rabian los sabañones.



A la salida.